

# **Argentina y Brasil: perspectivas de dos procesos de transición democrática**

TOMÁS AMADEO VASCONI

## **OBSERVACIONES PREVIAS**

Las notas que siguen no constituyen más que un conjunto de reflexiones destinadas a convertirse en la base de formulación de hipótesis para la investigación sistemática de las características —semejanzas y diferencias— de los procesos de transición de dictaduras militares a democracias burguesas en Argentina y Brasil, y eventualmente a otros países de América del Sur como Chile y Uruguay. Por lo tanto, no pueden ser consideradas sino como formulaciones provisorias destinadas a la discusión dentro de este Congreso.

Por otro lado, estas reflexiones, y creemos que esto es necesario tenerlo en cuenta de manera particular para interpretar algunos de sus posibles límites, tienen un momento de nacimiento —las elecciones de noviembre de 1985 en Argentina y Brasil— y un momento final: mediados de febrero de 1986. Se basan, por lo tanto, en observaciones de procesos registrados en este lapso, aunque recojan informaciones de momentos anteriores e intenten proyectarse al futuro cercano.

Nuevos acontecimientos podrían obligarnos a ampiar y/o corregir algunas de estas formulaciones; las presentamos, sin embargo, tal como hasta aquí nos lo han sugerido las presentes experiencias.

Por último, estas reflexiones han de limitarse al plano de lo político y lo ideológico, sin menospreciar en modo alguno la importancia de los determinantes económicos, a quienes haremos algunas referencias puntuales en el curso del texto. Hemos decidido limitar nuestras reflexiones a las esferas señaladas.

## **1. SOBRE LAS DICTADURAS MILITARES: CONDICIONES Y CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES**

Estamos convencidos de que un condicionante fundamental del carácter que asumen estos procesos de transición es proporcionado por las carac-

terísticas que pudieron observarse en las dictaduras militares que les precedieron, sus formas organizativas e institucionales, sus políticas e ideología.<sup>1</sup>

Existió sin duda un conjunto de semejanzas entre los regímenes dictatoriales de ambos países.<sup>2</sup> Ambos estuvieron protagonizados por la corporación militar como un todo, representaron primordialmente los intereses del gran capital financiero asociado, asumieron un carácter contrainsurgente esgrimiendo como ideología la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, pero pretendieron también, más allá de su acción represiva, tener un carácter “fundacional”,<sup>3</sup> esto es, echar las bases de un modelo de acumulación del capital concorde con los procesos de transnacionalización del mismo en los respectivos países. Sin embargo, más allá de estas semejanzas generales, las diferencias son muchas y significativas.

En Argentina,<sup>4</sup> el carácter contrainsurgente y altamente represivo estuvo presente durante todo el período dictatorial. En el plano político —aunque no sólo en él sino también en lo social y cultural en general— se operó un cierre total signado por un terrorismo de Estado permanente. En lo ideológico, la derecha tradicional y la concepción de contrainsurgencia de los militares se unieron a la derecha católica —dominante en la jerarquía de la Iglesia— de tendencia ultramontana. En lo que respecta a la política económica, se aplicó a ultranza el llamado “modelo neoliberal”, de carácter desindustrializante y exportador que condujo finalmente al predominio de una economía de la especulación.<sup>5</sup>

En Brasil, después de una fase represiva cuyo punto más álgido se sitúa entre 1969 y 1973, se entra en una etapa de “apertura lenta, gradual y controlada”. Es decir, durante todo el período dictatorial se mantuvo abierta una escena política restringida a un sistema bipartidista —el ARENA, partido oficialista, y la oposición “tolerada” del MDB— así como el funcionamiento de un Congreso, aunque éste sufriera cierres temporales y se viera manipulado parcialmente en su composición, a través del sistema electoral impuesto y de los llamados senadores “biónicos”. La represión

<sup>1</sup> Claro que esto no es todo. Dentro de las características que se observan en la reapertura de la escena política de estos países también se inscriben rasgos y elementos de la cultura y tradiciones políticas previas a la instalación de las dictaduras militares; sobre esto, haremos algunas referencias pertinentes a lo largo del texto.

<sup>2</sup> La bibliografía sobre el tema ya es demasiado numerosa y conocida como para que se justifique anotarla aquí; para la opinión del autor véase, *Gran Capital y Militarización en América Latina*, México, ERA, 1978, y como una importante contribución reciente para el caso de Brasil, René Armando Dreifuss, *1964, a Conquista do Estado*, Petrópolis, vozes, 1981, 3a. ed.

<sup>3</sup> Tomamos esta expresión de las contribuciones de Manuel Antonio Garretón.

<sup>4</sup> Nos referimos aquí estrictamente al período que se abre con el golpe de Estado de 1976, aunque en rigor el proceso de militarización comenzara antes: véase nuestro trabajo citado en la nota 2; también Alain Rouquié, “Hegemonía Militar, Estado y Dominación Social”, en A. Rouquié (comp.), *Argentina, Hoy*, México, Siglo XXI, 1982, p. 11-50.

<sup>5</sup> Sobre esto, véase la contribución de Jorge Schvarser, *Martínez de Hoz: la lógica de la política económica*, Buenos Aires, CISEA, 1983.

ideológica y cultural también fue mucho más matizada que en Argentina, sobre todo después de la eliminación —física o por exilio— de los elementos más radicales. En cuanto a la Doctrina de Seguridad Nacional, no fue interpretada exclusivamente como doctrina de contrainsurgencia sino que nunca se abandonó su otra faz, la del desarrollo, lo que por lo demás se inscribe en la tradición de la geopolítica de los militares brasileños. Por ello también, si el neoliberalismo tuvo algún papel en el diseño de la política económica de la dictadura, nunca se postuló una apertura total de la economía —aunque sí al ingreso de capitales y tecnología extranjeros, diversificados en su origen y orientados a la modernización capitalista del país— ni el establecimiento de un Estado “subsidiario”. El Estado no sólo siguió desempeñando un papel central en el desarrollo capitalista sino que lo incrementó. Por ello, durante el período dictatorial —a diferencia de Argentina— observamos un intenso proceso de modernización capitalista (un “capitalismo salvaje”, se ha dicho) y de industrialización, que se expresa en la generación de una amplia infraestructura vial y energética y en el desarrollo de la metalmecánica, la industria bélica y, más recientemente, la electrónica y la informática.

Así, hacia el fin del período militar, encontramos en ambos países una situación económica, social y política de naturaleza notablemente diferente. Mientras en lo económico el panorama argentino es el de una típica *stagflation*, en Brasil se han producido importantes transformaciones capitalistas: la situación de la industria es, en ambos casos, notoriamente diferente: en lo social, la burguesía, y particularmente la burguesía industrial, aparece fortalecida en Brasil —y éste es uno de los motivos de su enfrentamiento posterior a la corporación militar— y debilitada en Argentina; lo mismo puede observarse en la clase obrera: en el primer caso, crecimiento de una clase obrera moderna —particularmente en el área de São Paulo— que desempeña un papel creciente en el ámbito social y político; en el caso argentino, ésta disminuyó cuantitativa y cualitativamente. Todo esto se expresa también en lo ideológico, constituyendo un plano de expresiones profundamente dinámico en Brasil.

## 2. CRISIS Y TRANSICIÓN

En la caída de ambas dictaduras, podemos apuntar también elementos de semejanza y de diferencia que generan situaciones distintas para la sucesión. Señalemos, en primer lugar, que en ninguno de los dos casos, la salida de los militares resultó de una real derrota de los mismos por parte de fuerzas sociales y políticas que lucharan contra ellos (como en el caso de Nicaragua aunque en un contexto histórico de naturaleza diferente). Ahora bien, mientras en Argentina el “despegue” hacia la transición democrática tuvo un carácter abrupto, producto de la crisis del régimen, y a la vez efecto de la derrota militar; en Brasil fue el resultado de un largo proceso

iniciado por la misma dictadura. En las dos características señaladas pueden encontrarse ya elementos que condicionarán los desarrollos posteriores.

En Argentina —sin desconocer la importancia de las luchas sociales que venían observándose en los años recientes, protagonizadas por el movimiento obrero, sectores de las clases medias y particularmente por los movimientos por los Derechos Humanos—,<sup>6</sup> la caída de la dictadura fue, en lo inmediato, producto del desastre sufrido en la guerra de Las Malvinas que se sumó a la profunda crisis económica que venía procesándose, lo que concluyó por deslegitimar definitivamente al régimen. Después de la derrota, comienza a reorganizarse rápidamente la escena política y a través de la Multipartidaria, que agrupa a las principales organizaciones políticas preexistentes, se presiona por una salida electoral que se hará efectiva en octubre de 1983. De este modo, factores militares, políticos, económicos, pero también éticos y morales, se dan en una combinación particular que acelera la transición a través de un proceso electoral en el cual el régimen carece de cualquier forma de representación.

En el caso de Brasil, si existen elementos finales de crisis —económica, política y también ética—, éstos no hacen sino rematar y dar un carácter particular a un proceso de transición que había comenzado bastante antes. Ya señalamos más arriba que hacia 1974 el gobierno del general Geisel anuncia el comienzo de un proceso de “apertura lenta, gradual y controlada”. Es también 1974 el año en el cual se registra el primer triunfo electoral de la oposición agrupada en el MDB. A partir de 1978, con la nueva ley de partidos políticos, el ARENA se convierte en Partido Democrático Social (PDS) y el MDB en Partido Movimento Democrático Brasileño (PMDB). Y aún más: desde 1979, superado el bipartidismo forzoso, la escena política se va tornando multipartidista apareciendo con fuerza nuevas organizaciones, lo cual se confirma en las elecciones de gobernadores de 1982.

Éstas dan un amplio triunfo al PMDB y muestran la importante presencia de un nuevo actor en la escena: el gobernador electo de Río de Janeiro y su Partido Democrático Trabalhista (PDT).<sup>7</sup> No obstante ello, el régimen logra mantener su programa y sus plazos hasta 1984, a pesar de las multitudinarias manifestaciones de ese año por las *diretas ja* (elecciones presidenciales directas), proposición que fue derrotada en el Congreso. Por su parte, en el PMDB, fracasada la enmienda de la ley electoral, triunfan los sectores “moderados” con Tancredo Neves al frente, decidiendo la participación de la organización en el Colegio que ha de elegir al nuevo

<sup>6</sup> Véase al respecto, José María Gómez, “O testamento de uma Heranca: direitos humanos, autoritarismo e transição a democracia ha Argentina”, en *Contexto Internacional*, año 1, núm. 1, Río de Janeiro, IRI-PUC, enero-junio de 1985, p. 75-92.

<sup>7</sup> 1982 es también el año en el cual la crisis económica golpea con fuerza, lo que no sólo acentúa las manifestaciones populares de protesta, que habían comenzado a hacerse sentir desde 1978, sino que provoca el distanciamiento de importantes sectores de la burguesía del régimen militar.

presidente.<sup>8</sup> Por otra parte, en el partido de gobierno, el PDS, se produce una fragmentación que se procesa a través de varios momentos principales: 1) la presencia activa de Aureliano Chaves, hasta entonces vicepresidente del gobierno militar de Figueiredo, en el movimiento por las *diretas ja*, oponiéndose así al grupo que apoya a Paulo Maluf en defensa de las *in-diretas* por medio del Colegio Electoral; 2) esa fragmentación se acentúa al producirse el aislamiento partidario de Aureliano, cuando Figueiredo se niega a introducir en el partido las previas electorales para elegir el candidato oficial. A partir de aquí se produce la ruptura del PDS, constituyéndose el Partido de Frente Liberal (PFL), y luego, uniéndose al PMDB, constituirán la Alianza Democrática.<sup>9</sup> La elección en el Colegio dio el triunfo a la AD y por ende la presidencia a Tancredo; la muerte de éste colocó en ese cargo al vicepresidente electo, José Sarney. Si introducimos aquí estos detalles, al parecer excesivos para un trabajo como el presente, es para marcar las diferencias existentes entre la forma como se operó la transición en los casos de Argentina y Brasil, diferencias que en nuestra opinión tienen importancia singular.

Así, mientras en Argentina la escena política se recompone por fuera y contra el régimen militar —polarizándose entre los dos principales partidos de oposición—, y se resuelve la disputa por el voto popular directo, en Brasil surge dentro de la legalidad dictatorial cuando la oposición ganadora se constituye por un acuerdo entre el tradicional partido de oposición y un importante sector político escindido muy recientemente del seno del régimen y se resuelve mediante votación indirecta, en un Colegio Electoral constituido bajo la dictadura y donde ésta se halla representada por una candidatura oficial. Lucha política abierta en el primer caso; acuerdo de élites en el segundo.

### 3. LAS DEMOCRACIAS EMERGENTES

Para comenzar este punto, debiéramos aproximar una definición de democracia que presida estos primeros desarrollos. Declaramos al principio que nos limitaríamos a tratar lo que denominamos democracia política. Aceptaremos ahora, para caracterizarla, la definición propuesta por Goran Therbon, en su trabajo *Dominación del Capital y Aparición de la Demo-*

<sup>8</sup> Para el largo proceso de la transición véase Walder de Góes y Aspásia Camargo, *O Drama da Sucessão e a Crise do Regime*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1984; sobre la escena política y sus cambios: Marco Aurelio García, "No Interior dos Partidos, uma Tradição: fluidez", en *Revista do Tribunal de Contas do Município de Rio de Janeiro*, año iv, núm. 6, junio de 1985; sobre el último aspecto, Eder Sader, "A praca e o Colegio", en *Revista Desvios*, núm. 3, São Paulo, 1984.

<sup>9</sup> Aureliano Chaves firmará con Tancredo Neves lo que se conoce como el "Acuerdo de Minas" que dará nacimiento a la AD; véase A. Camargo y W. de Góes, *op. cit.*, p. 61; también nuestro trabajo, *Brasil, las elecciones de noviembre: resultados y perspectivas*, CEA, La Habana, enero de 1986, mimeo.

*cracia* (*Cuadernos Políticos*, núm. 23, México, ERA, enero-marzo de 1980, p. 16). Dice este autor: "El término se usa aquí para denotar una forma de Estado con las siguientes características. Tiene: 1) un gobierno representativo, elegido por 2) un electorado consistente en la totalidad de la población adulta, 3) cuyos votos valen lo mismo, y 4) que pueden votar por cualquier opción sin ser intimidados por el aparato de Estado. Un Estado es una democracia *burguesa* en la medida en que el aparato de Estado tiene una composición de clase burguesa y el poder del Estado opera para mantener y promover las relaciones de producción capitalistas y el carácter de clase del Estado."<sup>10</sup> Apuntada esta definición, regresemos a nuestro discurso.

Ninguno de los dos países que tratamos puede jactarse de poseer una hoja democrática demasiado frondosa. Desde los años treinta, golpes militares y populismos más o menos autoritarios caracterizaron su historial político; Brasil sólo conoció muy breves momentos de democracias burguesas elitarias y restringidas en ese lapso; en Argentina, desde 1955, ningún gobierno civil elegido por votación directa concluyó su mandato: todos fueron derrocados por golpes militares. De este modo, sólo en muy escasa medida existe en estas sociedades lo que podríamos denominar una "cultura democrática". La democracia constituye, por ello, una gran novedad, y de allí muchas de las características de los actuales procesos.

Lo anterior hace comprensible la gran efectividad del discurso de Alfonsín apelando al "ciudadano". "En nombre del Estado de derecho y de los derechos de la ciudadanía, una multitud enfervorizada recitaba durante la campaña del radicalismo el Preámbulo de la Constitución Nacional. Los elementos de crisis del viejo modelo político, en particular el principio de agregación corporativa, fueron impugnados en nombre de una fórmula más abstracta: la del ciudadano".<sup>11</sup> También en Brasil, los valores éticos, morales y políticos del ciudadano aparecen encarnados en la figura de Tancredo Neves.<sup>12</sup> Es la democracia liberal (sobre esto volveremos al final) que, encarnándose en estos personajes, evoca para los "ciudadanos" —categoría negada por décadas— los valores tradicionales del liberalismo: las libertades cívicas, la libertad de opinión y expresión, el derecho al voto; valores que adquieren fuerza explosiva en las masivas manifestaciones a las cuales se asiste en uno y otro caso. Así, la caída de las dictaduras se ofrece como espectáculo de protagonismo popular.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Al final volveremos sobre esta definición para una discusión más amplia del concepto.

<sup>11</sup> Liliana de Riz, *La Democracia Política en Argentina*, comunicación presentada a la XII Asamblea General Ordinaria del CLACSO, Montevideo, 3-6 de diciembre de 1985, mimeo., p. 3.

<sup>12</sup> Véase Luis Gonzaga de Souza Lima, "A transição no Brasil: comentários e reflexões", en *Contexto Internacional*, año 1, núm. 1, Río de Janeiro, IRI/PUC, enero-junio de 1985, particularmente pp. 37 y ss.

<sup>13</sup> Estos comportamientos también fueron visibles en otras situaciones de crisis de regímenes dictatoriales como los de España y Portugal y hallaron, como lo hallan

Más allá de estas semejanzas, las diferencias son muchas.

El gobierno de Alfonsín aparece legitimado por el voto popular en una escena política polarizada donde el peronismo, triunfador desde 1946 en todos los eventos electorales en que se presentara, sale derrotado. Ahora bien, el liberalismo, la apelación al ciudadano, no resume todo el discurso de Alfonsín; también se presentaba como el iniciador del “tercer gran movimiento nacional” —después de los de Yrigoyen y Perón— y como el portador de un programa desarrollista. Luego, frente a las presiones inflacionarias y a las derivadas de los compromisos de la deuda externa, el desarrollismo del Ministro Grispun se transforma en el plan de estabilización del Ministro Sourruille, el “Plan Austral”; el “tercer gran movimiento” irá desapareciendo paulatinamente frente a la realidad de la escena política. El sistema de partidos en Argentina se caracterizó en las últimas décadas por una fuerte polarización en torno del radicalismo y el peronismo. Esa polarización alcanzó su *clímax* en las elecciones de 1983, cuando dichas organizaciones políticas concentraron el 92% de los votos emitidos, obteniendo el radicalismo el 52%.<sup>14</sup> Y esta polarización va a mantenerse, levemente atenuada, en las elecciones parlamentarias de noviembre de 1985, cuando ambos partidos reúnen alrededor del 75% de los votos. Si sumamos a esto la derrota —con la única excepción del liberalismo de Corrientes— de los movimientos y partidos regionales, vemos configurada una clara escena bipartidista a nivel nacional, con dos grandes partidos al centro y, en sus extremos, una derecha en organización y una izquierda poco definida. Por otro lado, se observan cambios en el interior de las principales organizaciones, como el abandono del “movimientismo”, el llamado al “acuerdo político” en el discurso oficial del radicalismo —no en todos sus componentes, es cierto, pues algunos sectores siguen sosteniendo el “tercer gran movimiento nacional”— y el triunfo de los más “moderados” dentro del peronismo, que nos anticipan perspectivas diferentes a las observadas hasta hoy. Si se diera el acuerdo político entre las dos principales fuerzas —que históricamente han actuado como enemigos y no como rivales políticos—, podría anticiparse una estabilización del régimen de democracia política y, para la burguesía, el logro, por primera vez en décadas, de un sistema

en el presente, diversas manifestaciones culturales (el “destape” español, pero también argentino sobre las que no podemos detenernos ahora aunque revisten profundo interés sociológico).

<sup>14</sup> Los datos en Ricardo Sidicaro, “¿Es posible la democracia en la Argentina?”, en Alain Rouquié y Jorge Schvarzer, *¿Cómo Renacen las Democracias?*, Buenos Aires, EMECÉ, 1985, p. 297. “Entre 1946 y 1973 la obtención de apoyos electorales por las dos principales fuerzas del sistema de partidos, el peronismo y el radicalismo, resultó altamente estable. En las cuatro elecciones presidenciales sin proscripciones en que enfrentaron ambos partidos (1946, 1951, marzo de 1973 y septiembre de 1973) los dos sumados reunieron más del 75% de los sufragios y siempre ganaba el peronismo con por lo menos el 50% de los votos válidos. Esta alta estabilidad en la distribución de adhesiones no se vio afectada entre 1946 y 1973, a pesar de las mutaciones que conoció el cuerpo electoral.” (*Ibid.*, p. 273.)

de dominación consensual que la alejará simultáneamente de los riesgos e inestabilidad de las dictaduras militares y los populismos.<sup>15</sup>

El actual gobierno brasileño, presidido por José Sarney, surgió, como ya lo hemos señalado, de un primer acuerdo entre las élites políticas que se expresó en la AD triunfante en el Colegio Electoral y un segundo acuerdo, ante la enfermedad y muerte de Tancredo Neves, que llevó al cargo al actual mandatario. El actual Ejecutivo no se originó, pues, en una real consulta popular. Esto hace que la legitimidad, y aún la legalidad, del Presidente sea fuertemente cuestionada desde diversos sectores y organizaciones. Si bien apenas iniciado el nuevo período se tomaron un conjunto de disposiciones legales tendientes a ampliar la democracia política —elecciones directas para presidente, voto a los analfabetos, modificaciones a la Ley de Partidos Políticos—, éstas sólo tuvieron aplicación en las elecciones para prefectos de las capitales estatales y ciudades del país, celebradas en noviembre de 1985. Así, éstas son las primeras elecciones que se llevan a cabo en las nuevas condiciones, en aquellas generadas por la *Nova República*.<sup>16</sup> Ahora bien, mientras la Nueva República se ciñe a su discurso liberal y en el plano de la política económica pretende una conciliación del neoliberalismo con el desarrollismo,<sup>17</sup> en la escena política parecen irse abriendo perspectivas diferentes. ¿Qué nos dicen los resultados? El PMDB sigue constituyendo el partido político más grande del país, pero sin duda no tiene posibilidades de convertirse en “el PRI brasileño”, como suponían muchos y aspiraban no pocos; por otra parte, fue vencido en las dos más importantes ciudades del país, Río de Janeiro y São Paulo, en ésta con una derrota que tiene profundas implicaciones a nivel nacional.<sup>18</sup> El otro dato importante de la situación lo constituye la liquidación de la Alianza Democrática; el PFL no apoyó al PMDB y constituirá, con elementos del PDS, la futura organización política de la derecha, el Partido Liberal Progresista (PLP). Y, por otro lado, una nueva izquierda configurada por el PDT y el Partido Trabalhista (PT) de origen obrero, pero con ascendencia en movimientos populares organizados y en sectores progresistas de las clases medias que emerge con fuerza de esas elecciones.<sup>19</sup> Vemos configurarse así una

<sup>15</sup> Un análisis de la escena política requeriría sin duda de muchos más elementos; para los fines de esta comunicación y a los efectos de la discusión, sin embargo, los que utilizamos nos parecen ahora suficientes.

<sup>16</sup> T. A. Vasconi, *Brasil, las elecciones...*, cit.

<sup>17</sup> “La Nueva República consagra, en materia económica, la unión del desarrollismo con el neoliberalismo, que tiene su guardián en el FMI. De ahí que la preocupación por lo social acaba siendo sometida al imperativo del crecimiento y éste, a su vez, a los dictados del Fondo, que se interesa más por el equilibrio que por el crecimiento, así como por abultados excedentes en divisas, capaces de asegurar el ago de intereses y amortizaciones a los banqueros internacionales.” (Ruy Mauro Marini, “Caminhos e Descaminhos da Nova República”, en *Terra Firme*, año 1, núm. 1, Río de Janeiro, octubre-diciembre de 1985, p. 6.)

<sup>18</sup> Remitimos a nuestro trabajo citado en la nota 16.

<sup>19</sup> La izquierda “tradicional”, es decir, el Partido Comunista Brasileño (PCB),

escena multipartidista que anticipa dinámicos procesos en un futuro cercano.<sup>20</sup>

#### 4. PERSPECTIVAS

A partir de las semejanzas y diferencias de ambos procesos de transición, reflexionaremos ahora sobre las perspectivas que se abren para los procesos de democratización en ambos países.

4.1. Tal como lo hemos señalado hasta aquí, en estos países se han instalado regímenes políticos que, según la definición de Therbon que adoptáramos anteriormente, debemos denominar democracias “liberal-burguesas”. El capitalismo, construyendo los parámetros de la “economía” y el “desarrollo”; el clasismo, implícito pero a veces explícito, y el discurso ideológico dominante, nos autorizan a hacerlo así. Democracias —por la forma como se convoca a la elección “de autoridades”— que combinan la presencia de libertades individuales y derechos cívicos con concentración en las decisiones fundamentales, estratégicas; la persistencia como discurso dominante del tecnocratismo, la modernización y el neoliberalismo, como el “discurso competente”;<sup>21</sup> igualdad “ante la ley” que no necesariamente debe compatibilizarse con una igualdad *real*; derechos ciudadanos que no equivalen necesariamente a Derechos Humanos.

Digámoslo de una vez: pensamos que estos regímenes democráticos han de sostenerse. No vemos posibilidades de “retorno” en lo inmediato ni en un futuro cercano (un nuevo golpe militar hoy no tendría ni siquiera un consenso restringido —ni siquiera el de algunas fracciones burguesas— en tanto los militares han mostrado sus límites de operación y la inestabilidad de sus soluciones; no hay nadie interesado, por ahora, en volver a “golpear la puerta de los cuarteles”).<sup>22</sup>

4.2. Por otra parte, estos nuevos regímenes han alcanzado una aceptación mayoritaria como tales, como democracias burguesas. Libertades individuales y derechos cívicos significan para la mayoría una conquista de espacios *reales* de acción; no hay razón inmediata para abandonarlos y sí muchas para defenderlos. Y debe sumarse a esto lo que se nos ha ocurrido

el Partido Comunista do Brasil (PCdoB) y el MR-B, muestra por el momento una extrema debilidad.

<sup>20</sup> En Brasil, se realizarán elecciones para gobernadores de los estados y legisladores en noviembre de este año, además de que debe sancionarse una nueva Constitución.

<sup>21</sup> Tomamos esta expresión de Marilena Chani, *Cultura y Democracia: o Discurso Competente e outras falas*, São Paulo, Ed. Moderna, 1982, 3a. ed.

<sup>22</sup> Respecto al aparato militar. En Argentina, además del juicio a las Juntas Militares —juicio criminal, no político y cuyos resultados más bien mediocres son conocidos— existe también un proyecto en marcha de reorganización de ese aparato y muy particularmente de sus servicios de inteligencia; en Brasil, hasta ahora permanece intacto.

llamar “efecto de túnel” y de “encandilamiento”; salir de largos años de oscura y terrible represión debe implicar este doble efecto (esto tal vez sea más válido para Argentina que para Brasil, por el tránsito más abrupto que se operó en la primera).<sup>23</sup>

Para ahondar más en estas perspectivas, abandonaremos ahora la definición de Therbon adoptada inicialmente, que sólo hace referencia a un cierto modelo formal de democracia.

4.3 Más allá de lo hasta aquí dicho, y no se nos tilde de “economicistas” por lo que apuntaremos, existen algunos elementos *objetivos* que pueden hacer variar en el futuro las relaciones anotadas. Las políticas económicas puestas en práctica por las dictaduras implicaron en todos los casos un proceso de centralización de capitales, de concentración de los ingresos y de disminución de los salarios reales. La “apertura” implica una posibilidad mayor de traer a primer plano reivindicaciones relativas a esos procesos. Pero además, esto se da en un contexto singular: la crisis capitalista general y, en particular, los compromisos financieros que implica la deuda externa, que son enormes para ambos casos, limitan considerablemente el margen de maniobra de los nuevos gobiernos. Esto en cuanto al contexto, que a estas alturas del proceso de transnacionalización resulta ya difícil llamar “externo”. En lo que se refiere a lo interno: ¿cuál es el modelo viable que pueda impulsar la acumulación de capital en las presentes circunstancias y que además sea compatible con una cierta redistribución del ingreso?

Pero no sólo son éstas las condiciones económicas que podrían generar situaciones “perturbadoras” para el nuevo orden político-social recientemente instaurado. La diversificación de las respectivas sociedades, procesos de modernización que las dictaduras militares impulsaron o no pudieron evitar, el surgimiento de lo que ha dado en llamarse hoy “nuevas ciudadanías” —más intenso en Brasil, con la aparición de nuevos movimientos sociales (pobladores de las favelas, indígenas, *boias-frias*, etcétera)<sup>24</sup> que en Argentina— nuevas demandas culturales de importantes sectores de las clases medias y la presencia de un movimiento obrero que va desligándose rápidamente de sus ataduras populistas y de su dependencia del Estado,<sup>25</sup> implican un incremento y una diversificación notable de las demandas, y ponen en el centro de la escena al fantasma de la “ingobernabilidad de las democracias” invocado por Huntington para uso de la Comisión Tri-

<sup>23</sup> Tampoco descartamos aquí una especie de lo que denominaríamos “chantaje democrático que la dirigencia política actual ejerce con el “fantasma del retorno”. Esto lo deben estar viviendo claramente en Argentina las organizaciones de Derechos Humanos, “vanguardia” más de una vez en la lucha contra la dictadura y hoy “elementos perturbadores” al insistir en sus posiciones de principio.

<sup>24</sup> Véase para esto, *Política e Administração*, vol. I, núm. 2, Río de Janeiro, FIESP, julio-septiembre de 1985, número especial dedicado a “Movimentos sociais no Brasil”.

<sup>25</sup> Ruy Mauro Marini, “O Movimento Operario no Brasil”, en *Política e Administração*, *op. cit.*, nota 23 y p. 171-260.

lateral.<sup>26</sup> Si, como lo señalara un autor, “la democracia aparece como el momento de equilibrio hegemónico entre sociedad civil y Estado, cuya condición de posibilidad es, precisamente, que éste mantenga lo que Gramsci llama su capacidad de absorción molecular de las demandas de todos los actores significativos”,<sup>27</sup> no parece que ese “equilibrio” pueda alcanzarse en un futuro cercano. Tampoco hallamos muy viable la reducción de esas demandas vía los mecanismos corporativos, ya se trate de un corporativismo estatal o societal, y menos aún el desarrollo de un *Welfare State*, abandonado hoy, con la crisis, en los países “del centro”.

Si en Argentina la sociedad civil fue más fuerte que en Brasil, aunque se viera muy debilitada en el primer caso por los años de autoritarismo, hoy asistimos a un “renacer” (Argentina) y a un “nacer” (Brasil) de una sociedad civil en la cual aparecen con fuerza nuevos “actores significativos”.

4.4 Se hace inevitable a estas alturas realizar algunas reflexiones sobre la democracia.

La “democracia liberal” fue una construcción histórica que la burguesía sólo logró consolidar tardíamente. Y esa “síntesis entre liberalismo y democracia se ha caracterizado por su inestabilidad: es una volátil y trabajosa unidad entre principios antagónicos de constitución del poder político en la que muchos autores burgueses han creído ver una solidez y permanencia tales como para predicar la existencia de un nexo inquebrantable entre liberalismo y democracia”.<sup>28</sup> A mediados del siglo pasado, nadie hubiese confundido los dos elementos incorporados a ese concepto. Como lo señala Alan Wolfe: “Cualquier teórico político importante del siglo XIX se hubiera sentido desconcertado ante la expresión ‘democracia liberal’. Todavía en la época de la primera guerra mundial se aceptaba por lo general que había una tradición política, el liberalismo, con un conjunto único de ideas, una clase social específica a la que apelaba, así como tradiciones históricas adecuadas; por otro lado, otra tradición, la democracia con sus ideas propias, clase e historia. Uno debía decidir a qué tradición adherirse, pues era sumamente difícil, si no imposible, abrazar ambas.”<sup>29</sup> En cambio, en nuestros países el liberalismo apareció unido a la

<sup>26</sup> Samuel P. Huntington, *The Crisis of the Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press, 1975.

<sup>27</sup> Juan Carlos Portantiero, “La democratización del Estado”, en *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 5, Madrid, enero-junio de 1984, p. 102.

<sup>28</sup> Atilio Borón, “Entre Hobbes y Friedman: liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 23, México, ERA, enero-marzo de 1980, p. 47. Y agrega este autor más adelante: “las revoluciones burguesas no produjeron por sí mismas la democracia burguesa; lo que sí crearon fue un Estado liberal, siempre fundado en una base electoral sumamente estrecha que las luchas populares obligaron a ensanchar” (*Idem*, p. 51).

<sup>29</sup> Alan Wolfe, *Los Límites de la Legitimidad; Contradicciones Políticas del Capitalismo Contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 21; más adelante, dice Wolfe: “usaré el término *Liberalismo* para referirme a la ideología de mercado, que surgió en los siglos XVII, XVIII y XIX para justificar el modo capitalista de producción [...]”

dominación oligárquica o, más recientemente, fue sostenido por las dictaduras más extremas. ¿Será que ahora vamos a realizar esa simbiosis? Justamente en el momento en el cual los países industrializados, muy particularmente en Estados Unidos pero también en otros, están abandonando antiguos elementos democráticos y acentuando los rasgos liberales? Nos parece extremadamente difícil. La tensión entre ambos elementos ha de acen- tuarse en estos países en las presentes circunstancias. ¿Cómo pensar que en un país de tan extremas desigualdades como lo es Brasil pueda conciliarse una política de libre mercado y libre competencia con una tendencia a la participación y a la igualdad crecientes? Y aun en Argentina, sociedad tradicionalmente más igualitaria pero en donde los años de opresión militar introdujeron amplios procesos de concentración —de propiedad, ingresos y decisiones— y acentuaron las desigualdades.

4.5 De aquí la búsqueda de un “pacto”.<sup>30</sup> Pacto *político*, en primer lugar, para llegar a acuerdos entre las organizaciones burguesas, sobre programas de gobierno, Constituyente, legislación, etcétera. Y un más amplio pacto social, un acuerdo “triangular” entre empresarios, sindicatos y gobierno que tome acuerdos sobre algunas cuestiones económicas esenciales: salarios, precios, etcétera. Es decir, un pacto que permita lograr la prolon- gación de la tregua social momentáneamente alcanzada. Resulta bastante difícil pensar, en este último caso, en una estabilización que se diera por un “pacto entre desigualdades [...] los trabajadores nada pueden esperar de un pacto social que les será siempre negativo y funcionará como ‘camisa de fuerza’ de contención de las reivindicaciones específicas de los obreros y de los sectores más marginados de la fuerza de trabajo y de la población, apuntando a ‘pacificar’ al movimiento sindical, anular su potencial reivin- dicativo y su arma mayor, la huelga”.<sup>31</sup> Y luego, de acuerdo con lo dicho sobre las características que van asumiendo estas sociedades, ¿pueden ence- rrarse todas en el “triángulo” pactante que aquí mencionamos?

Más allá de esas intenciones, la lucha de clases impondrá su lógica implacable en el movimiento de la historia.

Las disposiciones políticas liberales pueden entonces definirse como aquellas que facilitan la acumulación de capital al eliminar las trabas tradicionales al mercado de fuerza de trabajo fomentando una concepción del hombre basada en el interés individual” (*Idem*, p. 22), y luego: “Considerada en su contexto histórico, la demo- cracia en un momento dado fue una ideología política solamente anticapitalista. En términos generales, los demócratas luchaban por dos cosas: participación e igual- dad.” (*Idem*.)

<sup>30</sup> Para consideraciones sobre tipos de pacto y experiencias respecto a los mismos, véase Norbert Lechner, “Pacto Social en los Procesos de Democratización: la Expe- riencia Latinoamericana”, en *Novos Estudos CEBRAP*, núm. 13, São Paulo, octubre de 1985, p. 29-44.

<sup>31</sup> Francisco de Oliveira, “Crise Económica e Pacto Social”, en *Novos Estudos CEBRAP*, *op. cit.*, p. 4.

## 5. REFLEXIONES FINALES

Más que haber *conquistado la democracia* estamos convencidos de que las luchas por ella *apenas comienzan* en este nuevo contexto histórico abierto por el derrumbe de las dictaduras. Se abre un ámbito de luchas democrático-populares que tendrá que acentuar los contenidos igualitarios y profundizar las libertades para las clases subordinadas.<sup>32</sup> Luchas que implican “superar los marcos ideológicos del liberalismo; cambiar a su favor la correlación de fuerzas en el plano sociopolítico para conquistar el poder político del Estado, conquista que conduce a la transformación (negación) del Estado, y transformar (negar) las relaciones sociales de producción basadas en el desarrollo capitalista internacionalizado.”<sup>33</sup>

Y todo ello coloca ya a las luchas democráticas en la perspectiva del socialismo. Sin embargo, esta opción no tiene aún un referente político de suficiente importancia. Pensamos que hemos de asistir por un tiempo a un incremento sustancial de las luchas sociales sin que éstas logren expresarse articuladamente en la escena política.

<sup>32</sup> Herbert de Souza, “Notas sobre la Cuestión de la Democracia en Brasil”, en *América Latina, Estudios y Perspectivas*, núm. 1, México, julio de 1980, p. 114.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 109.